

Jiménez Gómez, Ramón: *Los ermitaños en Nueva España, siglos XVI y XVII. Sociedad, imaginario y vida religiosa*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2024. 368 pp.

Antonio Rubial García

Universidad Nacional Autónoma de México

E-mail: antoniorubial@filos.unam.mx

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9370-508X>

<https://dx.doi.org/10.5209/rcha.102131>

Después del mártir, el ermitaño es uno de los modelos de santidad cristiana más antiguos; su experiencia en las soledades del desierto, entregados a la oración, a brutales prácticas de ascetismo y al combate contra los demonios era considerada una muerte en vida por Cristo. San Juan el Bautista, san Antonio Abad, san Pablo de Tebas, san Pacomio, san Hilarión y san Onofre eran algunos de los nombres que se conservaban de aquellos primitivos anacoretas. Sin embargo, a partir del siglo XIII esos modelos se habían convertido en tópicos literarios, pues los ermitaños reales eran perseguidos y proscritos por sus críticas hacia las instituciones eclesiásticas y su negativa a someterse al orden que trataba de impulsar la Iglesia con la fundación de comunidades eremíticas, como las de los camaldulenses, los carmelitas y los cartujos. Para el siglo XVI, la proliferación de herejías (como el alumbradismo) entre las beatas y los ermitaños provocó una violenta persecución por parte del tribunal del Santo Oficio. Esto movió a muchos a huir de las hogueras inquisitoriales y a buscar refugio en América que era, en palabras de Miguel de Cervantes, “refugio y amparo de los desesperados de España”. Su presencia en Nueva España, tanto aquella relacionada con sus actividades como la simbólica, es el tema de la obra a la que está dedicada esta reseña.

En las últimas décadas del siglo XX los eremitas comenzaron a ser estudiados por la historiografía de las religiones, tema que es tratado en la introducción del libro de Ramón Jiménez con una extensa bibliografía, tanto europea como americana. Después de dilucidar el estado de la cuestión, en el primer capítulo el autor hace un recorrido histórico en torno al desarrollo del eremitismo desde la época paleocristiana hasta el siglo XVIII; en este apartado se muestra cómo este tipo de vida pasó del oriente cristiano al occidente al igual que sus prácticas devocionales, sus falsificaciones y su representación en el imaginario social. En el segundo capítulo se analizan los perfiles de aquellos ermitaños que actuaron en la Nueva España, sus vestimentas y su procedencia; después de una breve referencia a los primeros anacoretas, tanto en Las Antillas y Nueva España como en el Perú, se hace un recuento de los 60 ermitaños de los que se tiene noticia en Nueva España. Un tercer capítulo está dedicado a la imagen retórica que este tipo de vida inspiró en el imaginario novohispano, una imagen que transitaba entre el pícaro y el santo, los dos modelos más difundidos en la literatura del Siglo de Oro. En los dos últimos capítulos se estudian las creencias y prácticas religiosas que esos personajes desarrollaron durante sus vidas y la promoción y presencia de ellos, tanto real como retórica, en la fundación de varios santuarios.

En un ilustrativo anexo incluido al final del libro se sistematiza la información contenida en el capítulo 2; de ella se desprende que la edad a la que la mayoría ingresó a la vida eremítica fue después de los 40 años, que muchos eran analfabetos y procedían de la soldadesca y el artesano y que más de la mitad habían nacido en la península ibérica. También se puede constatar que hubo excepciones y que varios se volvieron ermitaños antes de los 30 años, que algunos tuvieron amplios conocimientos libresco y unos cuantos fueron clérigos y que entre ellos había igualmente criollos, mestizos y mulatos. De la extensa bibliografía final, consistente en una abundante documentación de archivo, de libros antiguos impresos y de obras de interpretación, se desprende la procedencia de las diversas fuentes de información que alimentaron el libro, tanto de aquellas encontradas en el repositorio inquisitorial, como de las hagiografías, crónicas, tratados hierofánicos, diarios de viajeros, sermones y obras literarias y devocionales.

A lo largo de este fascinante recorrido aparecen personajes que, al igual que muchos de los ermitaños medievales, se movían continuamente y cuya actuación implicaba, por sí misma, una actitud de ruptura hacia un mundo que tenía como finalidad la estabilidad y la conservación del orden establecido. En su vagabundez, el ermitaño se mudaba no sólo de lugar de habitación, sino también cambiaba continuamente de actividades. Junto con las limosnas que recibían por su labor religiosa, estos personajes se mantenían gracias al ejercicio de oficios esporádicos: pastor, labrador, enfermero, barbero, hortelano, vendedor ambulante, “engarzador” de rosarios o tejedor de medias. Con todo, en muchos de ellos existía un gran desdén por el trabajo manual. Lo más común era que estos “solitarios” pasaran mucho tiempo en las ciudades, en casa de algún amigo o protector y, salvo raras excepciones, no buscaban para vivir espacios demasiado alejados de los grandes y medianos núcleos urbanos. De hecho, varios de los ermitaños a los que se les siguió causa inquisitorial estaban en este caso y ejercían actividades poco relacionadas con el eremitismo.

Muchos de ellos realizaban tareas que estaban reservadas a los clérigos y hermanos legos como pedir limosnas para fundar conventos o santuarios, predicar y dar consejos. Los hay que tuvieron una verdadera vocación religiosa y aquellos que eran fraudulentos engañadores. De hecho, la figura del ermitaño compartía con la del pícaro muchas características: desajuste del individuo con su medio; ausencia de vínculos familiares y de lazos clientelares o corporativos; individualismo exacerbado y soledad radical; exaltación de la libertad; anticlericalismo y negativa a someterse a cualquier autoridad; el uso de la astucia, del ardid y del engaño como medios de supervivencia.

Pero frente a estos, hubo también personajes que, como los santos modélicos, practicaban una vida ascética, realizaban ejercicios de piedad, vivían en retiro y oración y, cuando tenían ocasión, ejercitaban la caridad hacia sus semejantes. Inmersos en la cultura católica, estos laicos tuvieron un papel mediador en la sociedad de su tiempo, independiente incluso de las organizaciones corporativas institucionales. Aunque a menudo estas personas sometían su conciencia y sus prácticas a los dictados de consejeros espirituales del estamento eclesiástico, muchos ermitaños crearon mecanismos y utilizaron los dogmas, los modelos y los cultos católicos para conseguir prestigio, dinero o simplemente reconocimiento por parte de sus vecinos.

A pesar de la ambigüedad con que estos personajes eran tratados, la cual fluctuaba entre el desprecio, la desconfianza y la admiración, la mayoría recibió el apoyo afectivo y económico de los vecinos y en algunos casos incluso el de los clérigos y autoridades eclesiásticas. Aunque estas últimas avalaron sólo a aquellos que mostraban verdaderos rasgos de santidad, el caso inquisitorial del capuchino prófugo Salvador de Victoria muestra que ello no siempre fue así; su proyecto de crear una orden religiosa y un santuario en la ermita de Gregorio López en Santa Fe, había sido apoyado por el arzobispo Mateo Sagade Bugueiro; éste pretendía con ello apropiarse de un espacio cercano a la ciudad de México y disputado con la diócesis de Michoacán, que lo administraba desde tiempos de Vasco de Quiroga; aunque el proyecto se inició con éxito, con la partida del arzobispo a España y la adjudicación definitiva del espacio al cabildo michoacano, Salvador de Victoria perdió sus apoyos y, acusado de alumbradismo, fue expatriado a Filipinas por la Inquisición.

Al igual que Salvador, algunos de esos ermitaños, fueron considerados por un tiempo “santos vivos”, pero sólo al madrileño Gregorio López (por su origen peninsular y con el apoyo de la

Corona) se le siguió una causa de canonización ante la Sagrada Congregación de Ritos. Esto no pasó con otros anacoretas con fama de santidad, como Batolomé de Jesús María, Francisco Lerín o Juan González, aunque estuvieron relacionados con la fundación de los santuarios de Chalma, La Salud y La Piedad. Salvo ellos, muy pocos fueron los que dejaron huellas que permitan reconstruir sus vidas de manera extensa; de algunos no sabemos siquiera sus nombres y sólo aparecen mencionados como “un ermitaño”; las referencias a muchos otros provienen de sus juicios inquisitoriales, de sus propias declaraciones en ellos y de aquellos que atestiguaron en su contra. Con toda esa información, mediatizada por quienes nos han dejado el relato de los hechos (el hagiógrafo, el cronista o el inquisidor), Ramón Jiménez reconstruye un fenómeno social del cual se pueden desprender varias conclusiones.

Aunque los ermitaños registrados fueron muy pocos en número, su estudio es de gran utilidad para comprender procesos más complejos; aunque excepcionales, sus casos nos sirven para estudiar diversos aspectos de la religiosidad cristiana y de sus esquemas comunicativos; también son útiles para comprender cómo funcionaba la recepción de los mensajes y los límites de los controles institucionales y la manera en la que las sociedades antiguas reaccionaban ante los comportamientos inusuales. Finalmente estudios como éste dan cuenta de la unidad del mundo hispánico y de la catolicidad pues, a pesar de la diferencias regionales, fenómenos como el de los ermitaños tuvieron presencia a ambos lados del Atlántico.